

DUANEL DÍAZ INFANTE

La invención de Lorenzo García Vega

Anatomía de un culto literario



PRÓLOGO DEL AUTOR

Hace un tiempo, regresaba yo por azar a uno de los ensayos más conocidos de César Aira cuando me detuve en unas reflexiones sobre una pregunta que “ha empezado a oírse con frecuencia creciente: “¿y esto a mí qué me importa? ¿Por qué estoy leyendo el registro de las actividades y opiniones de un desconocido al que nunca le pasó nada? ¿Por cortesía? ¿No estaré perdiendo el tiempo?” Esta vez, ese pasaje me llegó como si estuviera dirigido a mí: por esos días andaba leyéndome la obra completa de Lorenzo García Vega. *Rabo de anti-nube* y *El cristal que se desdobla*, los últimos dos tomos de diarios de este autor, publicados póstumamente, eran un ejemplo perfecto de eso que Aira llama “el círculo autobiográfico”; obras “hechas de puro tiempo, porque el yo, cuando realiza su esencia de haberse quedado solo en el mundo y puede hablarse a sí mismo, es puro tiempo”, a las que el escritor argentino contrapone aquella antigua literatura de evasión que tan bien ejemplifican los relatos de Stevenson.

Pero las respuestas a esas preguntas, en mi caso, eran distintas a las del arquetípico lector de narrativa contemporánea que supone Aira, perdido en el

Zeitgeist, en la corriente de los tiempos. Porque yo no leía como lector, sino como crítico. Es por eso que, aunque la obra que me ocupaba no me interesaba en absoluto, no estaba perdiendo el tiempo. Por el contrario, mi lectura, que desde luego no provenía de cortesía alguna, era una necesidad, un requisito para componer un extenso ensayo donde, contra la lectura corriente de García Vega, buscaba hacer no ya la refutación sino también la historia y hasta la hermenéutica de algo que sin exageración podía calificarse de culto, rematando una polémica con mis contemporáneos que duraba ya dos décadas.

En 2002 había caído en mis manos una fotocopia de “La opereta cubana en Julián del Casal”, un ensayo de 1963 que, luego incluido en *Los años de Orígenes*, constituye el núcleo de ese tan celebrado libro. Me pareció, más allá del barroquismo del estilo, una crítica poco novedosa de la obra de Casal y del modernismo cubano. Desojada la alharaca retórica, lo que quedaba, esa impugnación de los escritores de *La Habana Elegante* como cosmopolitas, imitadores de modas extranjeras, literatos burgueses que no habían podido “encarnar” su circunstancia, ¿no lo habían hecho ya los críticos marxistas? La paradoja era que este tipo de crítica, tras la crisis del marxismo-leninismo sobrevenida en los noventa, era justo aquello que la vanguardia literaria de entonces intentaba dejar atrás: nadie leía o citaba ya a Marinello, pero García Vega se había convertido, para los jóvenes contestatarios que marcaban por entonces la pauta, en una referencia.

Cuando, poco después, por fin conseguí leer *Los años de Orígenes*, experimenté el mismo desagrado y el mismo desconcierto. Desagrado ante un libro fundamentalmente mendaz, que caricaturiza la República, minimiza descaradamente la tradición cubana y recicla sin aportar mucho tópicos de los letrados de la primera generación republicana, todo para justificar la pertenencia —voluntaria y provechosa— de su autor al grupo Orígenes y, en última instancia, engrandecer la figura de quien, no ya en el canon nacional, sino dentro de su propia cofradía literaria, es un escritor de segunda categoría. Desconcierto ante el hecho de que nadie —o casi nadie— parecía reparar en ello: *Los años de Orígenes* se había puesto de moda y era celebrado, por escrito y en conversaciones intelectuales, como un libro polémico, novedoso, desmitificador, original..., cuando de hecho no hacía sino repetir una crítica del origenismo que se había ejercido, dos décadas antes, en *Lunes de Revolución*, y, en alguna medida, ya en los propios años de *Orígenes* por Virgilio Piñera.

Para poner un ejemplo no incluido en las páginas que se recopilan en este libro*, cito ahora la reseña

* He decidido, en todos los casos, reproducir los textos tal cual fueron publicados en su momento, y ello incluye las formas de referenciar citas, que varían. Unificar esa convención habría llevado, quizás, a la tentación de revisar el estilo, sobre todo en el caso del escrito más antiguo, que tiene ya veinte años, pero ello parece innecesario en un libro que no pretende organicidad alguna. En cada caso se ofrece, a continuación del título del texto, la fecha y la fuente donde apareció.

“*La familia de Orígenes* según García Marruz”, donde Carlos M. Luis afirma: “Lo que hizo Lorenzo García Vega fue mostrarles un nuevo espectáculo de signos que, desde luego, no supieron interpretar. Estos signos consistían en algo muy simple pero a su vez inaceptable para los origenistas: en un ensayo de desmitificación.” (*El oficio de la mirada*, Universal, Miami, 1998, p. 225) Pues bien, es Carlos M. Luis quien no sabe interpretar; quien no consigue reparar en que la desmitificación de *Los años de Orígenes* es sólo parcial, muy relativa: el mito de Orígenes permanece, en el relato de García Vega, en buena medida intacto. *La familia de Orígenes* es, ciertamente, un libro anacrónico, pero *Los años de Orígenes* es también un libro anacrónico, en tanto repite un “espectáculo de signos” —para usar la expresión de Luis— que no tiene originalidad. Sólo la falta de memoria, o de perspicacia, podría ver novedad absoluta en la crítica de García Vega. Todavía cuando, en su conferencia “Maestro por penúltima vez”, García Vega critica el barroquismo de Lezama, no hace más que repetir una crítica realizada por Heberto Padilla medio siglo atrás. No obstante, cuenta Jorge Luis Arcos que, a la salida de esa conferencia pronunciada en 2009 en la Residencia de Estudiantes de Madrid, Antonio José Ponte le comentó, impresionado: “Es un monstruo”.

No hay escritor cubano más sobrevalorado que García Vega; no hay libro cubano que haya sido peor leído que *Los años de Orígenes*. Esas intuiciones se me vieron confirmadas en las dos polémicas —la primera con Arcos, en 2013, la segunda con Juan Carlos Ta-

bío, en 2017— que motivó mi crítica de *Los años de Orígenes*, incluida en el último capítulo de *Límites del origenismo*. Ya que mis adversarios no conseguían refutar mis argumentos, en cada caso releí el libro en cuestión, jugando un poco a la sofística, tratando de encontrar argumentos que contrarrestaran los míos, pero el resultado era siempre contrario: no hacía sino advertir nuevos aspectos que venían a confirmar mi tesis inicial. Lo mismo pasaba con otros textos poco conocidos de García Vega, como sus ensayos sobre Miguel de Carrión y José Antonio Ramos, que incorporé a la discusión en la segunda polémica. La lectura de *El oficio de perder*, poco más tarde, me resultó reveladora: esa crítica de la República, cónsona, incluso, con la visión castrista; la crítica falaz de la tradición literaria cubana; la crítica moralista del carácter nacional; todo ello, en García Vega, era sistemático.

Ante la imposibilidad de oponer a mis citas de García Vega otras citas de García Vega, mis adversarios se fugaban, previsiblemente, hacia la literatura. La segunda polémica evidencia, empero, en este aspecto una significativa diferencia de grado. Arcos al menos se esfuerza en cuestionar mi lectura; hasta cierto punto, debate; reconoce el carácter ensayístico de *Los años de Orígenes*. Tabío, en cambio, se parapeta en una reivindicación teórica —o más bien, teoricista, esto es, muy influida por la teoría literaria— de *Los años de Orígenes* como “escritura”, lo cual deriva fácilmente en la celebración del libro en cuestión en tanto “novela”, que fue el argumento de otro de mis adversarios. Argumento que, convenientemente

para quienes carecen de razones, cierra la discusión: con un ensayo se puede polemizar, con una novela no. El debate de ideas —que se ha producido en otros países en torno a ensayos literarios como *El laberinto de la soledad*, por poner un ejemplo bien conocido— era deslegitimado, y en su lugar se ofrecía una apología vacía, tautológica, formalista, de la literatura.

Nueva ironía: ello venía a ser, paradójicamente, puesto que defendían un libro que según ellos hacía la crítica más radical posible del origenismo, un insólito, acaso inconsciente regreso del antiintelectualismo origenista. Allá, es cierto, se celebra la poesía, acá la literatura, o la novela, pero en ambos casos se opone a la visión crítica, analítica, una experiencia que trasciende lo intelectual. Vitier la zona sagrada de la poesía; los de *Rialta* la zona sagrada de la escritura; del otro lado, el terreno secular de los letrados, incapaces de comprender la epifanía de la creación... De hecho, cuando mis adversarios de *Rialta* alegaban que yo, al darme por aludido en el prólogo de Tabío me estaba “colando en una fiesta” a la que no había sido invitado, era a esto a lo que, en última instancia, apuntaban: Tabío evidentemente me aludía en su prólogo, así que yo tenía el derecho a replicarle, pero yo era un *outsider*, un “colado”, porque no era, como ellos, escritor; provenía de la historia intelectual, no de la literatura. Cuando Tabío escribía “positivista”, se podía percibir el eco de Vitier escribiendo “letrado”, eco que se siente ya, claramente, en la crítica de Arcos a mi lectura de *Los años de Orígenes*. El calificativo en Tabío es el eco de un eco, el testimonio, a la vez, de una involución:

si Arcos es un epígono de Vitier, los presuntuosos de *Rialta* eran, a su vez, epígonos de Arcos...

No sólo eran intelectualmente inferiores, sino también más perezosos. Y aquí, de nuevo, releendo aquel ensayo de Aira encontré una frase que subrayé, mientras escribía mi último, largo ensayo contra el culto a García Vega. “La narración-construcción implicaba un trabajo, una artesanía que costaba trabajo”, apunta Aira, contra el facilismo de esa literatura apegada al yo, que según el gran escritor argentino, “fluye directamente de su autor”. Pues bien, esa holgazanería caracterizó a mis adversarios de *Rialta*; no parecían haber leído nada de García Vega fuera de *Los años de Orígenes*; no se veían obligados a decir nada nuevo, o eran, simplemente, incapaces de hacerlo. Yo, en cambio, fui ampliando mi conocimiento de la obra del autor disputado; tuve que investigar, hacer nuevas lecturas, no sólo de *Los años de Orígenes*. Los textos aquí compilados muestran cómo, de aquel núcleo que se encuentra en el último capítulo de *Límites del origenismo* hasta “La invención de García Vega” —el cual, proyectado inicialmente como una reseña de *El castigo*, de Jorge Luis Arcos, se convirtió en el ensayo más largo que he escrito hasta ahora— mi crítica se extiende, ampliándose con pequeños y no tan pequeños descubrimientos. Había cosas que, cada vez que me acercaba a los textos de García Vega, veía por primera vez, o que veía con más claridad; no sólo el tiempo y la madurez, sino también el trabajo, me permitieron discernir mejor lo que sólo había entrevisto en 2005.

Al cabo, terminé leyéndome la obra completa de García Vega, incluso aquellas zonas no ensayísticas que había evitado en mis primeros acercamientos. Fue justo ahí, ante libros como *Espirales del Cuje*, *Devastación del hotel San Luis*, *Son gotas del autismo visual*, *Erogando trizas donde gotas de lo vario pinto* y *Rabo de anti-nube*, donde me volvían a asaltar las preguntas de Aira. Se preguntaba García Vega, “¿Entonces? / ¿Qué impertinente rollo, rollo impertinente, pudiera ser éste? ¿Qué es esto?” (*Son gotas del autismo visual*, Mata-Mata, Guatemala, 2010, p. 61), y no podía dejar de preguntarme yo: “¿y esto a mí qué me importa? ¿Por qué estoy leyendo el registro de las actividades y opiniones de un desconocido al que nunca le pasó nada? ¿No estaré perdiendo el tiempo?”

El crítico —bien lo sabemos— no lee siempre con placer, pero el desgradado de alguna lectura será recompensado con creces por el placer de la escritura. Además de los que para mí tiene la escritura de todo ensayo, “La invención de Lorenzo García Vega” me trajo el de hacer justicia, poniendo, por así decir, cada cosa en su lugar. Justicia para Casal, para Sarduy, para Piñera, para Carlos Enríquez, para Novás Calvo, para Mañach, para Labrador Ruiz, todos los grandes que García Vega denigró o relegó en su interesado, ridículo relato de la literatura cubana. En su lugar García Vega, un escritor menor que tuvo la suerte de haber sido el discípulo predilecto de Lezama.

ÍNDICE

Prólogo del autor / 7

Límites del origenismo (fragmento) / 15

La persistencia del origenismo / 55

Los años de Orígenes: visión y ceguera / 77

La nueva ortodoxia, el marxismo, y la literatura cubana según García Vega / 89

Otra réplica a mis nuevos críticos / 105

García Vega: otras mitologías / 117

La invención de García Vega (historia, crítica e interpretación) / 133